

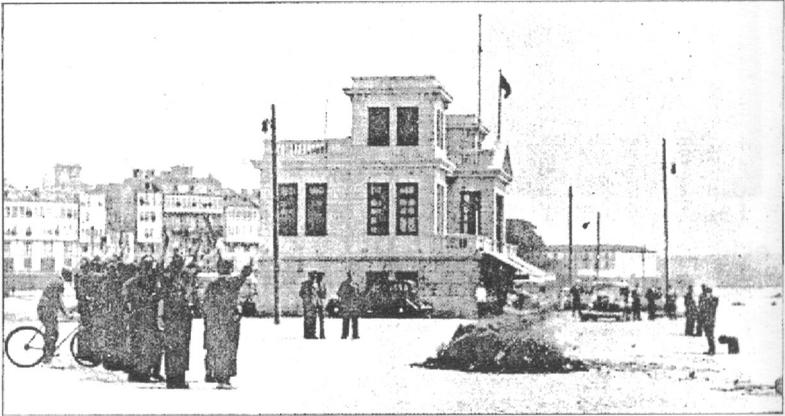
He aquí la historia dramática de la cultura.

La pesadilla que vive la ciudad no es una ficción. Sí, es verdad. Están quemando las bibliotecas de los ateneos, del centro de estudios Germinal, del señor Casares...

El humo no levanta el vuelo. Es pegajoso. Huele a carne humana.

En esta novela, las vidas de los libros, las personas y el lenguaje se cruzan y entrelazan en un intenso relato de suspense que transcurre desde el siglo XIX hasta nuestros días, entre la atrocidad autoritaria y la indomable libertad.

La lavandera que ve películas en el fluir del río, el boxeador anarquista, el balón del *Diligent*, el cantante de tangos, la cabeza de la mujer negra, la Rosa Taquigráfica, la *coccinella septempunctata*, el coleccionista compulsivo de Biblias... *Los libros arden mal* es un universo poblado de voces insólitas, de memorias que retumban o murmuran de forma inolvidable, verdadera literatura donde todo está en vilo.



Quema de libros tras el golpe fascista del 18 de julio.
Dársena de A Coruña, agosto de 1936.

Arden los libros

Los libros ardían mal. Uno se movió en la hoguera más próxima y a Hércules le pareció ver que de repente abría en abanico las frescas agallas de una branquia de abadejo. Otro soltó un fragmento incandescente que rodó como un erizo de mar de neón por los escalones de una escalera de incendios. Después pensó que aquello que se agitaba inquieto en el montón ardiente era una liebre atrapada, y que una ráfaga de viento, que avivó un poco la pira, esparcía en chispas todos y cada uno de los pelos de su piel quemada. Así, la liebre conservaba su forma en la gráfica del humo y estiraba las patas para avanzar en la diagonal acristalada del cielo de la avenida atlántica.

Las primeras hogueras de libros se habían dispuesto allí, junto a la Dársena, camino del Parrote. En el vientre urbano, por decirlo así, donde el mar parió a la ciudad, el primer nido de pescadores, y mira que ha crecido la hierba desde entonces, incluso en los tejados, que tienen vocación de verde cumbre, en ese lugar que hoy es el punto donde confluyen el transporte de lanchas de la bahía, los tranvías urbanos y los coches de línea del interior. Las otras hogueras arden allí al lado, en la plaza mayor que lleva el nombre de María Pita, la heroína que encabezó la defensa de la ciudad, al frente de un comando de mujeres pescaderas, en uno de tantos ataques por mar, y donde ahora está situado el Palacio Municipal con la inscripción «Cabeza, Guardia, Llave y Antemural del Reino de Galicia». Curtis oía hablar de vez en cuando de María Pita en la Academia de Baile, como si aún viviese, en ese presente inmortal que es el andar en boca de la gente, como corren los chismes, y no sólo porque le hubiese

plantado cara al corsario y almirante Francis Drake, sino porque se había casado cuatro veces y un juez tuvo que advertirle de que era mucho enviudar y que a ver si no se le morían más hombres en las batallas de la cama.

Hay una pobre, a la que llaman la Zamorana, que vive y duerme entre las tumbas y los panteones, en la ciudad de los muertos, en el camposanto marino de San Amaro. Una vez Hércules se llevó un buen susto con ella cuando de repente salió de detrás de un sepulcro y le preguntó, mostrándole una pava:

Chaval, ¿tienes fuego?

En realidad, la Zamorana no es una pedigüeña. Ella, la Zamorana, tiene un trabajo que le pagan sólo con propinas, pero muy importante para la ciudad. Los difuntos de Coruña miran hacia el océano. Allí, en la orilla cercana al camposanto, están los bancos de peces de las piedras de las Ánimas, los mejores sitios de cría. Hay más estrellas de mar en los fondos que las que se ven en el cielo. Tampoco es raro verlas caer desde lo alto. Las gaviotas y los cuervos marinos vuelan con las estrellas en los picos y entonces ellas se desprenden del brazo prisionero y regresan al mar mutiladas. Desde el cementerio se contempla la mejor vista de la boca de la ría. Y esto tiene que ver con la Zamorana, la que le pidió fuego a Curtis la noche que pasó junto al camposanto. La mujer mendiga es una vigía. Cuando se acerca algún transatlántico, baja por la calle de la Torre y va avisando puntualmente de que el barco está al llegar. Y es mucha la vida que da un barco. La voz de la Zamorana suena como una ronca caracola. Hay barco, señor Ferreiro, hay barco. Hay barco, señor Ben, hay barco. Hay barco.

La Zamorana salía con la alegre cantilena del barco a la vista, y salía del camposanto, no de un cubil cualquiera. Curtis recordaba que cuando él era niño, la Zamorana ya parecía vieja, ya avisaba de los barcos con la ronca caracola de su voz. Pensaba que ella y otros como ella existían desde siempre, como María Pita. La procesión de los campesinos difuntos se quedaba a las puertas de la ciudad. Y los muertos del cementerio marino

delegaban en la luz del faro y en la voz de caracola de la Zamorana para espabilar a la ciudad: Hay barco.

Si Vicente Curtis, alias Hércules, está pensando en ella es porque la Zamorana está allí, en el mirador del Parrote. Además de los incendiarios, es la única presencia que se distingue. Es inconfundible. Lleva puestas todas las faldas que tiene, las faldas de su vida, una encima de otra, así que su forma es la de una mujer campana. Ayer llegaron barcos. Barcos de guerra. Están atracados junto al Club Náutico. Pertenecen a la flota del Tercer Reich. Claro que ella los vio venir, pero no bajó por la calle de la Torre con la cantinela de «¡Hay barco, hay barco!». Ella observa. Ha visto muchas cosas. Esa clase de fuego, no. Ella no ha leído nunca un libro. Hubo un tiempo, quizá el más feliz, en que fue vendedora de periódicos. Pregonaba noticias sin saber leerlas. Por eso piensa que la perjudican. Que van en contra de ella. Están quemando lo que una nunca ha tenido, lo que a una siempre le ha faltado. Ese humo tiene algo raro, escuece, se mete por detrás de los ojos. Le hacer recordar algo que jamás querría recordar. El día en el que un desconocido le prendió fuego a la manta con la que dormía a la intemperie, aquel día que apagó con sus propias manos los cabellos que le ardían. Y ahora sus manos son llagas curadas en el mar. Por eso decidió dormir entre las tumbas. ¿Dónde están los que leen los libros? ¿Por qué tardan tanto?

Tú, vieja bruja, ¿qué miras? ¡Sal de ahí!, le grita uno de los de la quema. ¡Vete con el cabrón del demonio a Monte Alto!

Ella, que nunca ha callado. Ese Caín tenía que oírla. Iba a ponerlo a caer de un burro, de vuelta y media. Iba a soltarle cuatro verdades como puños. Cantarle las cuarenta, cara a cara.

Ese humo raro que se mete detrás de los ojos. Ese escorzor. La tea humeante. El fuego. El olor del fuego en sus cabellos. Ella ya ardió una vez. La memoria de la piel. El picor de las llagas. Se aleja. Será mejor dar la callada por respuesta. Vuelve entre las tumbas, arrastra la campana de trapo. Todas las faldas de la vida.

Esto, las piras de libros, no forma parte de la memoria de la ciudad. Está sucediendo ahora. Así que esto, el arder de los li-

bros, no sucede en un pasado remoto ni a escondidas. Tampoco es una pesadilla de ficción imaginada por un apocalíptico. No es una novela. Por eso el fuego va lento, porque tiene que vencer las resistencias, la impericia de los incendiarios, la falta de costumbre de que ardan los libros. La incredulidad de los ausentes. Bien se ve que la ciudad no tiene memoria de ese humo perezoso y reticente que se mueve en la extrañeza del aire. Incluso tiene que arder lo que no está escrito. Alguien acarrea desde la oficina municipal de turismo mazos de folletos con el programa de las fiestas, «carne fresca» es la expresión, quizá en referencia a la bañista que aparece en la portada junto a la leyenda *Clima ideal* y el blasón oficial de la villa, el faro con un libro abierto en lo alto que, al mismo tiempo, hace de lámpara de la que irradian los destellos de luz. Todo eso va a arder lentamente, también el libro del blasón, que ya no volverá a aparecer en el escudo de la ciudad.

La República, de Platón. ¡Ya era hora! ¿Y éste? ¡*La enciclopedia de la carne!* ¡Puaf!

Es un grueso volumen que levanta pavesas y estelas humeantes, y erosiona los ángulos de las ruinas como el repentino derrumbe de una mediana sobre edificios más bajos. La palabra «carne» activó, sin más, el resorte de lanzamiento. La cabeza imagina entonces un gran tratado de la lujuria, imágenes de orgías, lástima no haberle echado un vistazo. Cuando el tomo llega al final de su caída, el falangista le da con disimulo una patada en la esquina con la puntera de la bota. Al abrirse, entre una nueva erupción de pavesas y humo, y los primeros tanteos de las llamas, la huella visual de que lo que surge a doble página es un mapa peninsular con las provincias marcadas en colores. Es un efecto demasiado casual, un desliz de la puntera de la bota que la propia mirada se apresura a corregir. No, no son las provincias de España. Enseguida se ve que en realidad se trata de la ilustración del despiece de una vaca. El lomo, el solomillo, el jarrete, la rabadilla, el redondo, la aguja, la falda...

¡Ese que acabas de tirar era de recetas de cocina!, le dice con sorna un compañero desde atrás.

Entonces hará un buen churrasco.

Las hogueras están en el sitio de la ciudad más expuesto al público y frente al centro simbólico del poder civil. Hércules no debería ir en esa dirección porque Hércules es mucho más conocido de lo que él piensa. De todas formas, por ahora está teniendo suerte. Se va acercando a las hogueras y ninguno de los que están allí, en la operación de quema, todos ellos armados y vestidos con el uniforme de la Falange, ninguno le presta atención, la mayoría concentrados en el problema de lo mal que arden los libros. Uno de ellos los compara con ladrillos. Y después encadena esta imagen con una precisión geométrica que a él mismo le resulta extraña.

¡Son paralelepípedos!

Junto a él, el más joven de sus compañeros quiere repetir esa larga palabra, pero se da cuenta de que no es tan fácil e intenta murmurarla en bajo. Suena al nombre de una especie muy rara de aves. Aves más complicadas que las palmípedas. Eso sí que le sale sin dificultad, palmípedas, y mira el bulto sin fijarse en los títulos, como una abstracción, como la maqueta de una pirámide azteca.

¡Para-le-le-pípedos! Sí, señor. Paralelepípedos.

Por fin le ha salido. Se siente bien después de decirlo.

¡Paralelepípedo!, le dice el jefe de centuria dándole una palmada en el hombro.

Paralelepípedo, responde él, orgulloso. Sigue la estela del humo y mira hacia el cielo. En la ciudad atlántica siempre es cambiante, el cielo. Animado por el éxito, intenta recordar los nombres de las nubes que estudió en la escuela. Pero sólo se acuerda del de nimbo. ¿Cómo es un nimbo? ¿Qué clase de nube formará ese humo que asciende de las hogueras? Pero deja de pensar en las nubes porque el compañero que ha comparado la resistencia de los libros con los ladrillos y que ha pronunciado con increíble naturalidad la palabra paralelepípedo, se dispone a avivar el fuego con hojas de periódico. Una de ellas se le va de las manos, vuela, sí, como una palmípeda. Un ave extraña, un

principio de collage en el cielo. Curtis también sigue el vuelo de la hoja. El uniformado al que se le ha escapado corre tras ella, salta y la atrapa como si su mano fuese una garra. Mira con satisfacción. Avisa a los demás. Ahí están ellos, brazo en alto, en una foto tomada ayer, martes, cuando se prendieron las primeras hogueras, y lo que el diario clerical *El Ideal Gallego* inserta este 19 de agosto de 1936: «A la orilla del mar, para que el mar se lleve los restos de tanta podredumbre y de tanta miseria, la Falange está quemando montones de libros».

Esta de hoy es una extraña clase de fuego, piensa Curtis. No se le ve la lengua. Es un fuego que roe, con colmillos.

Hacía poco, a finales de junio, en la ciudad se habían alzado las grandes fogatas festivas que alumbraron la noche de San Juan. Curtis había estado en una de las cuadrillas de chavales y mozos, la de la calle Sol, que recogían ramas secas, algunos muebles viejos roídos por la polilla pero que se mantenían con una dignidad de espectros geométricos, y la habitual donación de restos de maderas, tablas rajadas, miembros desaparejados, de la muy activa fábrica de ventanas del Orzán. Alrededor del poste central, la estructura que levantaron para quemar recordaba las grandes hacinas de pies de maíz que se podían ver en invierno, como grandes formaciones cónicas, parecidas a los campamentos indios, por las aldeas de las Mariñas y Bergantiños, ese país campesino que se desplegaba nada más salir del istmo de la ciudad, desde San Roque de Afóra, San Cristovo das Viñas, San Vicente de Elviña y Santa María de Oza, por los fértiles valles del río Monelos y de Meicende, por Eirís, Castro, Mesoiro, Feáns, A Cabana, Someso, Agrela, A Gramalleira, A Silva y A Fontenova. Pero esas hacinas jamás se quemaban, sino que el maíz, una vez deshojadas las espigas, se usaba como forraje para el ganado en el duro invierno o para la urdimbre de la tierra. La de los campamentos indios americanos era una imagen cinematográfica de Curtis, en la que asociaba los tipis con la manera de disponer los tallos de maíz tras la cosecha. La de arder los libros, no. Nunca la había visto. Habían ardido

muy bien las hogueras de San Juan, ese año de 1936, y el rescaldo del aroma del fuego era la grasa de la sardina untando el pan de borona, el pan de maíz, pues ése era el destino del fuego, asar el pescado y espantar los maleficios. Para eso había que saltar la hoguera siete veces.

También en eso este otro fuego es extraño. No es fuego de saltar. No hay niños alrededor. Eso también es algo que diferencia a unos fuegos de otros. Que se puedan saltar.

Curtis no estaba seguro de haber saltado siete veces la fogata de la calle Sol la noche de San Juan. Alguna vez sí que la saltó. Ahora sentía no haberlas contado. Estaba animado, parlanchín. No sólo porque enseguida iba a ser su primer combate. Le tocaba pelear con un tal Manlle. Pero también informó a quien le quiso escuchar de dos importantes novedades. Una, que su amigo Arturo da Silva, flamante campeón de ligeros, le había buscado un trabajo como aprendiz de electricista climático.

¿Climático?

Sí, climático. Enfriar los cines en verano y calentarlos en invierno. E instalar grandes frigoríficos para que siempre haya algo que comer.

Eso es extraordinario, Curtis. Una revolución.

Pero a Curtis le parecía igual de importante la segunda novedad. Este año, informó, el domingo 2 de agosto va a salir un tren especial para la fiesta de los Caneiros. Y entonces todo el mundo, que ya tenía la boca orlada de las escamas de las sardinas, prestó atención, porque ir a los Caneiros, la romería río arriba hacia el corazón del bosque, era la fiesta con más encanto de la comarca, en un país tan festivo. La memoria de Curtis era fotográfica, en palabras de Leica. Una cámara sin obturador. Y ahora estaba enfocando la vida. Sí, informó Curtis, él mismo podía vender los billetes para el «tren especial», que incluían el posterior transporte en barca y el derecho a bufé.

¿Bufé?, preguntó uno de los que se habían aproximado a la hoguera de la calle Sol. ¿Qué carajo es eso del bufé?

La memoria de Curtis era fotográfica, así que, dada su improvisada condición de propagandista del evento, utilizó la expresión que le había oído a Holando.

Es como una comida pantagruélica.

¿Y qué lleva esa comida tan retórica?

Curtis no sabía con exactitud a qué se refería Holando. Pero le había gustado la expresión y había entendido lo que quería decir, no sólo por la cara rubicunda de Holando cuando la usó, sino por la palabra en sí, que era pródiga, y que llevaba con alegría el significado encima de las letras.

Pantagruélica es pantagruélica, como su nombre indica.

¿Hasta hartar?

Seguro.

Pues ponedlo así en el papel, que se entienda. ¡En cristiano!

Lo del bufé es por cultura. ¿A que sí, Curtis?

Sí, por cultura. También va a haber conferencias.

¿Conferencias? ¡Hummm! No espantéis a la gente. Una fiesta es una fiesta.

Son antes de comer. Abren mucho el apetito.

Eso está bien. No sólo van a comer cultura los ricos.

Los Caneiros era un fiesta, apuntó alguien, a la que hasta los muertos irían, si pudiesen.

Sí, confirmó Curtis, yo puedo conseguir los billetes. Este año hay un tren especial. Sí, un tren especial. Le gustaba repetirlo, porque le parecía que con su información escuchaba ya el silbido de la salida y ese voluntarioso optimismo de la locomotora al arrancar. Y cómo luego se subían a las barcas, la marea atlántica devolviendo el río hacia las fuentes, y el gaitero Polca que en la popa tocaba una alborada.

A tres pesetas. Él podía reservar billetes, claro que sí. Un tren especial para la fiesta de los Caneiros.

Vicente Curtis reparó en que nunca antes había pensado de dónde venía el material del que estaban hechos los libros. No, ahora no estaba pensando en las ideas, en las doctrinas, en los sueños. Sabía que los libros tenían que ver con los árboles.

Que había una relación. Que en cierta forma se podría decir, y a medida que caminaba hacia las hogueras avanzaba en precisión, podríamos decir, sí, que los libros procedían de la naturaleza. Incluso no sería incorrecto decir, ni decir una exageración, que los libros eran un injerto. Ésa era una manera de hablar en metáfora. Era una de las cosas que le habían impresionado de Arturo da Silva, el campeón de pesos ligeros de Galicia, que tenía la cabeza llena de metáforas. No era conocido por eso, sino por su gancho, temido como una cobra, y por cómo se movía, aquel danzar incansable, durante los combates. Su célebre juego de piernas. Y ahí, en ese instante del recuerdo, cuando ya le llegaba la primera ráfaga de las hogueras, que tan parecida le resultó de entrada a las hojas del otoño, esbozó apenas una sonrisa porque estaba oyendo a Arturo da Silva responder con voz de zumbón a la pregunta de un periodista: «¿Mi juego de piernas? No será usted uno de esos que vienen a verles las piernas a los boxeadores».

La segunda oleada de olor era ya la del humo de la intemperie, el olor lúgubre y afligido de las cosas que no quieren arder, le pareció semejante al humear húmedo, disconforme, de la leña verde, o al desanimado del serrín y de las astillas sobrantes de los encofrados de las obras, ese fuego que se oculta, que se enfría. Conocía bien ese olor porque significaba al mismo tiempo intemperie y ahogo. Pero siguió adelante. Él sabía cuánto quería Arturo da Silva aquellos libros. Los que los acarreamos y tiraban pregonaban la procedencia del expolio, como si esa denominación de origen fuese el estímulo que necesitaban las perezosas llamas: ¡Biblioteca de Germinal! ¡Ateneo Cultural Herculino! ¡Ateneo Libertario Nueva Era! ¡La Antorcha Galaica del Libre Pensamiento! Había uno que parecía dirigir la quema, pues era a él a quien los otros consultaban, y que de vez en cuando pregonaba títulos y procedencia siempre con brío pero también con matizados timbres, como quien emite un definitivo dictamen, la crítica decisiva; pues bien, es este hombre tan entregado a su misión, concentrado en el sacrificio, quien

ahora va a recibir ansioso un ejemplar que otro colaborador corre a entregarle con júbilo y que trae abierto por las guardas, abierto, sí, y muy bien sujeto, como quien ha cazado un raro lepidóptero y se lo lleva al director de la expedición. El tiempo corretea como un golpe de brisa, abate las hojas en lo alto de las hogueras y luego se detiene. Todo está a la espera del dictamen. Al fin, el supervisor exclama: ¡Hombre, un *Casaritos*!

Observa con deleite la marca genuina de la pieza, la señal distintiva, el ex libris que coincide con la firma del propietario.

Sí, señor, un buen trabajo. ¡Un auténtico *Casaritos*!

Curtis sabe a lo que se refiere. Sabe de quién habla, a quién le corresponde ese diminutivo que el mando saborea con placentero desdén. En una ocasión, por la cuesta de Panadearas, a la altura del mirto de las Capuchinas, su madre le señaló a Santiago Casares Quiroga, el líder republicano, y luego le dijo con orgullo: Somos casi vecinos. Pero en aquella ocasión Curtis no se fijó en Casares, a quien ya conocía como el Hombre del Buick Rojo y del yate *Mosquito*, sino en la mujer y la niña que lo acompañaban. La mujer iba con el pelo suelto, un resplandor de caoba, mientras que la cría, cosa rara para su edad, llevaba un gorro de terciopelo blanco con una redecilla que le ocultaba los rizos bailarines. La Mujer del Pelo Caoba sonreía, en una pose que Terranova llamaría de «primer plano natural», mientras que la Niña de la Redecilla parecía preocupada, con una actitud adusta e incluso arisca. De vez en cuando miraba hacia atrás, como si temiese que parte de los que aplaudían, porque eran muchos los que de forma espontánea se habían puesto a aplaudir en la acera, parte de ellos, de repente, se transformasen en una turba que le arrebatase el gorro blanco y de paso la privase de sus padres. Casi todo el rato miraba ausente al suelo. Los zapatos de Casares eran blancos y negros, de bailarín de claqué. Estaba seguro de que si por un momento enseñase la suela, estaría tan brillante como el resto, bruñida como un espejo boca abajo. No tardaron en ser ellos los observados por la pareja y la niña. La madre de Curtis cargaba con un colchón enro-

llado encima de la cabeza. Era un colchón de funda adamascada, de color rojo, y la madre de Curtis iba contenta. Les sonrió a la pareja y a la niña. Y ese gesto tuvo el valor de cambiar la expresión preocupada de la niña, sorprendida, curiosa ante la mujer que sonreía con semejante peso en la cabeza. También Curtis estaba contento. Él, por su parte, llevaba un colchón de damasco azul. Pero a eso Curtis ya estaba acostumbrado. Lo primero que le enseñaron en la calle fue que era un hijo de puta.

¡Hércules, hijo de puta!

Estaba el faro de Hércules, el cine Hércules, el café Hércules, transportes Hércules, seguros Hércules. Había muchos Hércules por la ciudad. ¿Por qué justamente iba a ser él ese Hércules hijo de puta?

Como quien dice, fue salir a la calle y oír el zumbido de ese apodo. Oía insultos y le hubiera gustado que pasasen de largo, volando. Pero los apodos daban vueltas a su alrededor como avispas. A veces, le clavaban el aguijón. Morían clavados en su piel. Así es que Vicente Curtis tuvo claro desde pequeño que, igual que su madre llevaba un colchón en la cabeza, él llevaba a otro ser sobre los hombros. Su apodo. Hércules, hijo de puta. La diferencia entre un Curtis y otro consistía en que el Curtis portador tenía una mirada de permanente perplejidad y el otro Curtis, Hércules, era un Curtis indómito. Años después, cuando era fotógrafo ambulante, e iba con el caballo de madera, el perplejo y el indómito se turnaban para ir de cámara o de jinete invisible. Por eso, unas veces Hércules no hablaba y otras iba hablando solo. Antes de la guerra, cuando era una promesa del boxeo, el chaval que llevaba los guantes del campeón de Galicia, sus colegas no entendían por qué le ponía reparos al sobrenombre de Hércules. A él le gustaría llamarse Maxim u O'Corner. Incluso no le importaría lo de Morrocho, como le llamaba a veces el cantante Terranova. En cambio, Hércules no. No le convencía. ¿Cómo no te va a gustar Hércules, ignorante?, le decían. Naciste siendo Hércules. Tú no sabes de honor. Imagina el cartel. Hoy, sábado, en la plaza de toros de A Coruña, combate estelar. Vicente Curtis, Hércules, contra...

Tiene otra hija, dijo de repente Milagres. Tiene otra hija que estudia en el extranjero. Es un buen hombre.

Tenía otra hija y era un buen hombre. A Curtis le pareció que faltaba una parte de la historia. Esperó pues a que Milagres tomase aire. Cuando llevas un colchón encima de la cabeza, aunque sea de funda de damasco, no es fácil meterse en grandes explicaciones.

Milagres contó al fin:

Cuando él estudiaba en Madrid para abogado tuvo un amorío, dicen que con la patrona de la pensión en la que vivía. Y del pasatiempo nació una hija. ¿Sabes qué pasó? Que se quedó él con la niña. No es que le diera su apellido y dinero para la crianza, no. Apareció en Coruña con la pequeña. Él solo. Con la cría en brazos, en el tren. No le importaron nada las murmuraciones, ni los rumores ni el chismorreó. Nada. ¿Cuántos hombres en el mundo harían lo mismo?

Milagres era muy discreta. Tenía fama de muda. Pero hizo esa pregunta en la acera de Panadeiras como si se la lanzase al universo entero. También la respuesta, seguida de un aspaviento. ¡Sobrarían los dedos de esta mano!

Desde la claraboya, el huerto de Panadeiras 12 tenía algo de jardín de juguete, enfundado en muros tapizados de hiedra y pasiflora. Los festivos luminosos, la niña, ayudada por una criada, sacaba al balcón las jaulas de periquitos. Dirigía la orquesta de los pájaros con un palo como batuta. En la huerta había gatos, una familia muy numerosa, y Curtis está viendo cómo la niña de los Casares les ordena que se sienten a oír el concierto. Alguno de los gatos más viejos, resabiados, hace que obedece. Se sienta con ironía.

¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

La muchacha había hecho un alto en el concierto, apuntaba hacia él con el palo y le preguntaba a gritos cómo se llamaba. Curtis era, en aquel instante, un ser extraordinario. Una cabeza con un cuerpo en forma de casa de tres pisos. Él respondió y devolvió la pregunta.

¡María Victoria!

¿Cómo?

¡Vitola! ¡Me llamo Vitola!

Dejó el palo y con las manos como altavoz lanzó una noticia que resonó en los patios, por la línea fronteriza entre la ciudad burguesa y el barrio del pecado, el Papagaio: ¡Mi padre acaba de salir de la cárcel!

¿De la cárcel? Por aquel entonces, Curtis se había quedado asombrado. ¿Qué hacía el señor Casares en la cárcel? Era un hombre culto. ¡Y rico! Tenía un Buick, tenía el yate *Mosquito*. Llevaba corbata y zapatos tan lustrados que podían verse las nubes reflejadas. Además, era abogado. Era de los que sacaban a la gente de la cárcel. Incluso se decía que había defendido a sindicalistas y que había conseguido que no fuesen a la cárcel. Y tenía tuberculosis. No era fácil entender lo que hacía el señor Casares entre rejas en Madrid, él, que tenía como oficio que la gente no entrase en prisión.

Un día, Vitola apareció vestida de india. Con una larga trenza. Alguien había conseguido dominar el encaracolamiento del pelo, aquellas ondas que a él tanto le gustaban. No era un disfraz cualquiera. En aquel momento le pareció una mujer. Una mujer menuda. Su voz era ya de mujer.

¡Curtis!, gritó. Ven, baja.

Estaba en la claraboya, con la cabeza por fuera. ¿Qué decía de bajar? Era imposible. Se mataría.

Tienes que dar la vuelta, tonto. Entras por la puerta principal.

No le dijo a nadie adónde iba a todo correr, y nadie podría imaginarlo tampoco. Era la primera vez que entraba en Panadeiras 12. Lo que más le sorprendió fue que las paredes de la casa estaban hechas de libros. Y después, los disfraces de Vitola y sus amigas, todas con trajes de países exóticos.

El único oriundo es Curtis, dijo Gloria, la madre que parecía una actriz de cine, con aquellos ojos osados y grandes y el pelo caoba. Oriundo, caviló Curtis. Otro alias más. ¡Humm!

Ella se pasó buena parte de la fiesta arrimada a la ventana, fumando y mirando hacia la calle Panadeiras. De vez en cuando, cambiaba el disco de baquelita en el fonógrafo eléctrico. Muchos años después, cada vez que pasaba por allí con su cámara y el caballo Carirí, Curtis buscaba la ventana y el cristal, como placa, le devolvía la imagen de la madre de Vitola. Era sencillo. Había que fotografiar al revés. En vez de aprisionar imágenes, soltarlas.

Estaba pasándolo bien en aquella fiesta a la que nunca habría podido soñar ser invitado. Era el único hombre. Oriundo, eso sí. Bailó con mujeres de todas las razas. Quizá los mayores de la casa pensaban que sólo era un juego. Pero para ellos fue algo más. Supo de la importancia del disfraz para la gente. Él era mayor que Vitola, pero la Vitola que lo miraba frente a frente mientras bailaban lo hacía desde un nuevo rostro, desde el maquillaje. Poco después, su padre sería nombrado ministro de la proclamada Segunda República. Pasado el verano del 31, la familia se trasladó a Madrid. Pero en Navidad se volvieron a encender las luces del árbol en Panadeiras 12.

Era ya medianoche. Muy a deshora para ir a cenar en Nochebuena. El que marcaba los tiempos era el ya inseparable Luis Terranova. Y Luis Terranova no quería pasar esa noche en su casa. No quería ver llorar a su madre. No quería comer bacalao con coliflor. Era como hincarle el diente al recuerdo de su padre. El bacalao, tan carnal, tan pálido. Comer también la fúnebre flor de verdura.

Tú tienes suerte, le dijo a Curtis. En la Academia de Baile la Nochebuena es mucho más alegre. Mucha más gente llorando reunida, alrededor de un montón de confites. ¡Qué suerte tener tantas tías!

Fue entonces cuando vieron llegar una carroza tirada por dos caballos y justo oyeron sonar un gong en Panadeiras 12. En las ventanas del primer piso se reflejaban las luces del árbol de Navidad. Del carruaje bajó Papá Noel con su saco.

Allí estaban ellos dos, plantificados en la acera, con las manos en los bolsillos y una vaharada suspendida de la

boca, como los personajes de viñetas cuando se quedan sin palabras.

Papá Noel miró de reojo.

¡Buenas noches!

¡Buenas noches, señor Casares!

Papá Noel entró en Panadeiras 12 y Terranova le dio con el codo a Curtis: ¿Casares? ¿Ese Papá Noel es el ministro?

Sí.

Ya podía dejarnos algún regalo. Repartir el peso.

Creo que llevaba libros. Casi todo debían de ser libros. Pesan mucho, los libros.

¡Pues que nos diese uno!, exclamó Terranova. Aunque fuese un libro. ¡Qué menos!

Uno de los trabajos ocasionales de Curtis había sido el de acarrear libros para la librería La Fe. Los transportaba en una carretilla desde la estación de tren. Iban guardados en cajas. Una de ellas, la más voluminosa, llevaba un letrero en el que estaba escrito *El hombre y la tierra* (Reclus). La otra más grande era la de *La Revista Blanca-La Novela Ideal*. En las de menor tamaño podía leerse *La madre* (Maxim Gorki), *La historia de los cielos* (Stawel), *La metamorfosis* (Franz Kafka), *Cómo se forma un buen electricista* (T. O'Corner). Mientras empujaba la carretilla con ruedas de hierro no apartaba los ojos de los letreros. Maxim. Le gustaba ese nombre como alias posible para el día en que fuese boxeador. Kid Kafka tampoco sonaba mal. Y O'Corner. Ése le venía que ni pintado. El de Maxim también estaba bien, sí. Pesaban, los libros. El tabaco pesa mucho menos. Y los condones. Terranova andaba con ese comercio internacional de los transatlánticos. Lo que podía esconder debajo de un gabán. Era el pago que recibía de los tripulantes cuando los guiaba por la ciudad. Un trabajo bien fácil. Muchos de ellos ya hacían un alto a poca distancia del puerto, en el cabaré Luisa Fernanda, o en el Méndez Núñez, seducidos por As Garotas, compañía de varietés. Aquel broche de salir medio desnudas y cantar con un muñeco entre las piernas el «mami, cómprame

un negro, cómprame un negro en el bazar, que baile charleston y que toque el jazz-man». El pesado de Terranova venga a parodiarse el número con un guante de boxeo entre las piernas. Qué payaso era y qué bien lo hacía. Como cuando él iba con la carretilla y Terranova lo detuvo. Se puso a leer de corrido los letreros de las cajas. El hombre, la tierra, los cielos, la madre... ¿Adónde vas con todo ese peso, Curtis? Llevas el universo en esa carretilla. Voy a la librería La Fe. Hombre claro, dijo él, siempre al quite. Para llevar todo eso buena falta te hace la carretilla de la fe. Algunos días hablaba como un viejo.

Maxim estaría bien, y Kid Kafka, inquietante, pero O'Corner sería magnífico.

En Panadeiras 12 se escuchó otro golpe de gong. Esta vez sonó más fuerte. Del vientre de la casa hacia fuera. Penetró en ellos. Como el frío. Como la luna.

Un libro, por lo menos, murmuró Terranova. Algo es algo. ¿Quieres un libro?, le preguntó Curtis. ¿De verdad quieres un libro?

Ambos tenían las manos en los bolsillos. Terranova tenía los pies medio fuera del borde de la acera e inclinaba el cuerpo hacia delante. El mismo juego que tanto irritaba a Curtis cuando lo hacía al borde de los farallones. Esa manía de andar siempre por los bordes, de asomarse al abismo.

Hizo que se caía. Dio un salto de campana: ¡Pues sí, quiero un libro!

Pues ven. Yo sé dónde hay libros.

Era la Nochebuena de 1931. No se cruzaron con nadie por el camino. En el Orzán, el mar redobló su embate al notar su presencia. Lanzaba espumajos, se ahogaba de furia con sus propios rugidos. Con eso ya contaban. En fechas señaladas, el mar tiene esa tendencia a vanagloriarse. Si hay testigos, las oleadas se hacen más poderosas. Ellos avanzan de lado, cortando el viento. El agua les chorrea por la cara. Ríen, maldicen. En una esquina del muro de la Coraza, que sirve de rompiente en la ensenada, la piedra de cantería, labrada, se funde con los peñascos

naturales. Arrodillado en la piedra, de espaldas al mar, Curtis mueve una losa y mete la mano en el hueco. Sabe que Flora guarda allí una reserva de La Novela Ideal. Ella toma el sol en ese rincón. De vez en cuando fuma lo que ella llama un aromático. Allí tiene, dice, sus dos metros cuadrados de paraíso. El cuerpo desnudo revive al aire libre. Allí lee sus novelas. Guarda una remesa bajo las piedras.

¿La Novela Ideal? Eso no son libros, son paños de lágrimas. Mira lo que hay: *Sor Luz en el Infierno*, *La de mi desgracia*, *El último amor*, *Tres prostitutas decentes*, *La hija del verdugo*, *La tragedia de Pepita...*

Sólo puedes escoger una, dice Curtis, indiferente a la broma. Son de Flora. Están bien. A mí me gustan.

Hoy de llorar no quiero. Ya tengo que ir a cenar con mi madre y con el plato del ausente. ¿Qué va a cenar el hijo del padre del huérfano? Bacalao. *Corpus meum*.

¿Por qué no le dices que no ponga tres platos en la mesa?

No se le puede decir nada. Se pone como una loca. No sabes cómo se pone. ¡Pobre mamá Coliflor! Ya se había acostumbrado. ¿Qué más da estar muerto en Saint John's que aquí? Pero alguien le fue con el cuento y ahora se le metió en la cabeza que a un muerto también lo podían haber traído en sal. Si traen el bacalao salado, ¿por qué no habrían podido traer un hombre salado? Hay bacalao que tienen el tamaño de un hombre.

Curtis lo miró incrédulo. Estiró los brazos para medir una hoja imaginaria.

Que sí, seguro, dijo Terranova. Hay bacalao como hombres.

Le chorreaba mucha agua por la cara. No sería toda del mar. Sorbió. Escupió. Me voy a llevar ésta. *El ocaso de los dioses*, de Federica Montseny. Por el título, algo irá contra el mundo. Algo dará para reír.

Sí, señor. ¡Un *Casaritos*! El jefe de la quema no se fijaría así en ese ejemplar si no tuviese esa firma, el propio nombre es-

crito a mano con grafía artística a la manera de *ex libris*. Siente la excitación de haber capturado una parte del dueño. Siente que en algún lugar de Madrid, allí donde se encuentre, Casares estará teniendo en ese instante la sensación de que dos zarpas lo apresan por las solapas y le abren por el pecho su débil costillar. Observa con atención la firma. Él no es experto en caligrafía, pero puede ver allí estampado el retrato del hombre. En realidad esa firma es un dibujo. Los ángulos y las curvas. La segunda *a* de Santiago y la primera *a* de Casares son ojos. El rasgo más singular es el que une la *g* de Santiago con la *c* de Casares, como si la letra desaparecida, la *o* final de Santiago, diese su rollo de piel para enlazar. En este caso el segundo apellido, Quiroga, está representado con la inicial, el dígrafo *Qu*, y un punto. Así: Santiagcasares Qu. Debajo hay un trazo recto, inclinado, que más que subrayar el nombre, hace de rampa, de suave pendiente por la que asciende la firma.

¿No había más?

Era conocido que Santiago Casares tenía la mejor biblioteca privada de la ciudad. En Panadeiras 12 había dos clases de paredes superpuestas. El muro exterior y los estantes de los libros por dentro. Iniciada por su padre, le suministraban novedades algunas de las mejores librerías de Europa. Muchos de esos libros habían llegado por correo marítimo. El jefe de la quema recordaba haber leído alguna entrevista en la que Casares contaba que había marineros que le traían en mano a su padre libros prohibidos o imposibles de encontrar en España. Y que uno de los momentos más felices de su infancia era abrir los paquetes «que traía el mar». Eso lo recordaba con exactitud. También a él le eran familiares los paquetes que traía el mar.

Que traía el mar, murmuró. ¿Qué? Tiene que haber muchos, muchísimos más.

Allí en la plaza de María Pita arde otro montón. Y a muchos de ellos se los llevaron arrestados al Palacio de Justicia. También a los chiqueros de la plaza de toros.

El que en estos momentos asume la jefatura de la que-
ma suscribe con una sonrisa la intención de la frase del subordinado. Los libros como reos, arrestados, contra la pared. De espaldas a la gente. En fila, apretujados, sin poder estirarse, en silencio mudo. Ésos aún tuvieron un poco más de suerte que éste. Pasarán los días, los meses, los años, y los libros arrestados irán desapareciendo. Una mano descuidada. Un zarpa decidida. Libro a libro, el despiece de la biblioteca, lo que no ardió, en la sede de la Justicia. Y lo mismo sucederá con todo el entorno del hombre. Todo será objeto de expolio. Las propiedades grandes y pequeñas. Incluso las cosas menores, íntimas. No sólo los libros, sino que también serán arrancados los estantes de madera labrada que los sostienen. Se llevaron o destruyeron las colecciones del amator de la ciencia, del curioso naturalista. Las lentes, los aparatos de medir, los instrumentos de ver lo invisible. Sus herbarios y las cajas entomológicas. Todos sus efectos, todas sus huellas. He ahí al último de los exploradores, en realidad uno que ya había estado al principio y que volvió como quien va a rapiñar los restos de un naufragio. Antes ya había apañado un buen lote de libros y algunos aparatos ópticos. Ahora sólo encontró en el pasillo, tirada en el suelo, una de las cajas de entomólogo con los insectos clasificados con etiquetas. Lo que él vio fue unos bichos repugnantes que le parecieron escarabajos. La apartó asqueado con la puntera de la bota. ¡Aún si fuesen mariposas grandes! Después se dirigió a lo que debía de ser la habitación de las niñas. Había una muñeca de porcelana. Hecha añicos. En la repisa de la ventana había una estrella de mar seca y unos esqueletos de erizos. Se le ocurrió sacudirlos, los erizos, y del interior cayeron unos pendientes de azabache. Algo es algo. Desde aquella ventana se veía el jardín, con el gran limonero en el centro. El muro del fondo trazaba una frontera. Al otro lado, la ciudad del pecado. Las medianeras del Papagaio. Buscó con la mirada. Había algo arrimado al muro, entre las hierbas. Algo de color negro. Quizá un balón. Pero era raro, un balón de color negro. Fue al primer piso y bajó las es-

caleras del jardín. Volvió a jurar. Aquel objeto tenía una forma extraña, ovoide, con el brillo húmedo de la intemperie. Una cabeza. Sí, una cabeza que no era cabeza. La levantó. Era de madera. Algo de cabeza sí que tenía. Ojos, boca, nariz, apenas sugeridos por finos trazos. Y una perforación, como de bala. Vete tú a saber. Será así. A lo mejor es una escultura. Algo valioso. Los Casares eran gente muy a la moda. Amigos de las novedades. Iba a llevársela. No estaba mal la cabeza aquella de la mujer negra. Nunca se sabe. Algo es algo. Así que, pensando en el misterioso valor de las cosas, volvió a mirar la caja entomológica. Leyó: coleópteros. Si son coleópteros, a lo mejor no son escarabajos. Vete tú a saber. Hay gente rara en el mundo. A lo mejor aún hay quien pague por ellos. Por ejemplo, por éste. ¿Qué pone? *Coccinella septempunctata*.

Aquel otro libro fue a caer junto al patíbulo. Lo agarra por el lomo. Un poco más arriba. Por la nuca. Así es la vida. Se separa un poco del resto y abre de nuevo el libro. El jefe, que es un hombre aún joven, pasa la hoja. Se nota que lee con atención, mientras da vueltas lentamente alrededor de la hoguera. Tal vez ha encontrado una disciplina inconsciente en la lectura, una coma o un punto en el pisar de la bota. De repente, se detiene, cierra el libro y lo recoge en la mano izquierda, pegado al pecho, como quien lleva un misal, mientras con la derecha se quita las gafas, se frota los ojos con el dorso de la mano y pestañea como quien sale de un cine. Se lleva el libro aparte y lo deposita en una pequeña pila alejada de las hogueras. Éste se queda conmigo, dice. ¡En arresto domiciliario!

De la fecundación de las orquídeas...

Uno de ellos, uno de los más jóvenes, ese que al principio andaba con un aire indolente pero que después se fue animando con aquel pasatiempo, sobre todo cuando consiguió repetir la palabra imposible, aquel abracadabra, decir para-le-le-pípedos, eso que en aquel momento le hizo sentirse feliz como quien salta

un potro de gimnasio apoyándose en tres saltos en el aire, tras varios intentos frustrados, ése es el que se divierte pregonando los títulos. ¿Arresto domiciliario? Es él también quien mira de reajo hacia la pila que está haciendo el jefe.

¡*De la fecundación de las orquídeas por los insectos!* Por Charles Darwin.

Paralelepípedo aspira por la nariz tres veces al compás de la lectura. ¿Fecundación? ¿Orquídeas? ¿Insectos? Hay algo que no le encaja. Algo que le molesta. Esa idea de que las orquídeas son fecundadas por los insectos.

¡Qué asco!

Arroja el libro con desprecio a las llamas, los insectos folladores y las putas de las orquídeas, escupe, y ahora procede más rápido con el ritual, haciendo del comentario chistoso una especie de palanca manual.

Quo vadis? ¡Pues voy al fuego! ¡Otra *Conquista del pan!* ¿Cuántos llevamos de *Conquista del pan?*

Levanta el libro y grita. ¡Más de los del pan! ¡A hacer pan, panaderas! Consigue que se vuelvan varias caras de sonrisa oblicua. Y entonces busca la cosecha de carcajadas: ¿O no está el horno para bollos? Tira el libro, que cae no como un paralelepípedo, sino a la manera de un fuelle de concertina. Una llama sube a la búsqueda de ese ser ligero, y eso le produce un estímulo. Siente que empieza a entenderse con el fuego. Que también la hoguera se aviva con sus chanzas. ¿Dónde está la gente? ¿Por qué no hay más público? Tiene uno que montar la fiesta y además lanzar los cohetes.

¡Qué manía con el pan! ¡*Germinal*, venga *Germinal!*, y dale que te pego. Otro *Germinal* más a las calderas. *Los ex hombres*, de Gorki. A perro flaco todo son pulgas. *L'art et la révolte*, de Fernando Pe-llou-ti-er. Nunca sabe uno cuándo le ha llegado su hora, monsieur. Biblioteca El Corsario de Coruña. ¿El Corsario? Retorcidos desde la raíz. ¿Y esto? *Nueva huelga de vientres*. Biblioteca El Sol. ¿Huelga de vientres? ¡El caso es no trabajar! *La sublevación del Numancia contada por uno de sus protagonistas*. Ti-

pografía Obrera Coruñesa. Se acabó el cuento. *¿Dios existe?* Biblioteca Aurora. Se acabaron las preguntas, Auroriña. *Los miserables*, de Víctor Hugo. ¡En el infierno no hay miseria! *Madame Bovary*. Adiós, madame Bobita. ¿Y éste? *El divino sainete...* Jefe, ¿qué hacemos con éste? Se titula *El divino sainete*.

¡Ése es de Curros!, dijo el que estaba al mando. Y sin tener que pensarlo, se admiró el subordinado.

Eran consultas esporádicas. No era muy selectiva la quema. Los libros se descargaban en montones o eran arrojados a boleo desde las cajas de los vehículos de transporte. Cuando alguno salía del anonimato, como el rostro que emerge de una fosa común, la proclama de su título a viva voz le confería un último mérito, una prueba decisiva de que al fin y al cabo ese título era un buen título, pues allí estaba aquel ignorante, él mismo se había definido así, el Paralelepípedo, con cierto orgullo, preguntando por él. Quizá en este caso, a diferencia de otros que le merecían comentarios jocosos, la alusión al divino le producía una picazón en las manos. Él, hasta ese preciso instante, no había reparado a fondo en el significado de los títulos, sino en su mayor o menor gracia. No había hecho distinciones. Así que no era raro que ahora pensara que algo habría en la casualidad de ir justo a agarrar uno que habla de lo «divino» unido a «sainete». El otro que se refería a Dios para preguntarse si existe, ése ya no tenía derecho a un segundo más de vida. Pero éste, *El divino sainete*, sugería la idea de una risa superior. Y a él le gustaba reír. Reírse también del peligro. Era un muchacho resuelto, incluso aguerrido. Antes de que se impusiese la sublevación militar, él ya había participado con un grupo de pistoleros adiestrados en actos de provocación para crear una atmósfera de inseguridad en la República. En una ocasión había reventado un mitin y una persona resultó herida de bala. Tardó en convencerse de que era el causante. En realidad, nunca se reconoció como tal. Estaba desconcertado. Desde su punto de vista, era desproporcionada la cantidad de sangre que puede perder un hombre herido en relación a un acto

tan simple como apretar el gatillo. Sólo habían pasado unos días y aquello había dejado de tener importancia. Ya no tenía ninguna. Ahora ni siquiera ganar la guerra era suficiente. La propia idea de guerra era poco expresiva. Ahora se estaba en otra cosa. Más allá de la guerra.

Manuel Curros Enríquez, sí.

El joven falangista, al que el grupo identifica ya con el alias de Paralelepípedo, recuerda ahora por qué le suena ese nombre. La escultura más grande de la ciudad está dedicada a ese Curros. Algo haría. En los jardines, rodeada por un estanque. Muy cerca de allí. Le prestó atención porque en lo alto del monumento aparece una mujer desnuda. Ése sí que es un monumento. Si no fuese por el nuevo edificio de Correos, la mujer podría contemplar el espectáculo de la quema. Lo que da de sí la piedra. Después, si se acuerda, aún irá a hacerle una visita. A la puta de la piedra.

¿Qué? ¿Qué hago con éste? ¿Va también de arresto domiciliario?

Curtis caviló que la autoridad de aquel a quien consultaban el destino de los libros no debía de proceder sólo del lugar que ocupaba en la jerarquía, sino también del hecho de ser un hombre de lecturas. Como se suele decir, un hombre culto. De hecho, no dejaba de leer y de consultar volúmenes, incluso extraídos de las hogueras. Mientras los subordinados ejecutaban la quema, estimulándose con bromas o incitados por títulos odiosos, el jefe se movía circunspecto. De grupo en grupo andaba distribuyendo una consigna en voz baja: Si aparecen ejemplares de las Sagradas Escrituras, en especial un Nuevo Testamento, que lo avisen sin demora.

Ahora frunce el ceño.

¿*El divino sainete?* ¡Ése al fuego de primero!

El Paralelepípedo movió el brazo como un resorte, abrió la pinza de los dedos y lo dejó caer sin comentarios. Después, de forma inconsciente, tal vez porque el último recuerdo de la escultura es el del gurgujear del agua entre las piedras de la base, tal vez porque la piel nota el presentimiento, más que el sentir,

de un picor, lo que hace el joven uniformado es sacudir las manos y luego frotárselas en el mahón. Y después calla.

Con el paso del tiempo, la fúnebre pompa del escarnio de los inicios se va convirtiendo en un tono de rutina, de industrial ritmo de quema, que debe de guardar una relación con la creciente intensidad del fuego, un olor táctil, pegajoso, que trae al magín de Curtis una penúltima metáfora. Los libros habían bajado de los árboles para posarse en una trampa de hombres con brazos de visco. Así, desde tan cerca, el rescoldo de la parte baja de la hoguera le pareció una acumulación de pájaros de los que sólo quedaban sus siluetas reducidas a cenizas y una brasa de picos amarillos y naranjas. Si él, si Arturo da Silva estuviese allí, no arderían los libros, pensó Curtis. O quizá ardían porque él no estaba allí. Que ardiesen era una prueba más de su pérdida. Y el pensamiento de Curtis, que en palabras de Arturo era una escalera de caracol, subió aún, o bajó, otro peldaño. Era él, el púgil de El Resplandor, el escritor de *Brazo y Cerebro*, quien ardía. El olor final de los libros era parecido al de la carne.

Revista de Occidente. «Nueva York (Oficina y denuncia).»
¡Hummm! Federico García Lorca. ¡Hombre, a quién tenemos aquí!

Ese nombre sí que le sonaba al Paralelepípedo. No había leído nada de él, pero estaba muy presente en los chistes, en el apartado «maricas rojos». En una publicación fascista, en uno de esos papeles que él sí leía, aparecía adrede una obstinada errata en el segundo apellido: García *Loca*.

Abrió al azar. Leyó en tono jocoso.

*Debajo de las multiplicaciones
hay una gota de sangre de pato.*

¡Mierda!

Fue lo único que leyó. La gota de sangre de pato le cambió la voz. Apartó la vista y gritó para sobreponerse.

¡Jefe! ¡Uno del tal Lorca!

Lo arrojó con ostentosa rabia en dirección al centro volcánico. La hoguera lanzó una erupción de humo oscuro e incandescencias.

Agarró otro puñado. Mientras tanto, el jefe se había acercado otra vez. El primero del nuevo montón era un librito delgado. En el centro, como única ilustración, una sencilla vieira.

¡Seis poemas galegos! Fe-de-ri-co... ¿Y esto? ¿Se contagian unos a otros o qué?

Se volvió hacia el jefe con el libro extendido y cara de asco.

¡Dígame, Samos! ¿Este marica también escribía en gallego?

El jefe miró la portada con mucha calma, aunque el joven Paralelepípedo pensó que poco tenía que leer. *Seis poemas galegos*, de F. G. L. Prólogo de E. B. A. Editorial Nós. Compostela. Quizá Samos estaba indagando en los puntos esos que seguían a las letras. A lo mejor estaba descifrando las iniciales. Lo hojeó despacio, página a página. El Paralelepípedo iba tirando el resto de los libros, mirando de reojo al llamado Samos. *¿Éste qué hace? ¿Se lo va a leer entero?*

*Cabelos que van ao mar
onde as nubes teñen o seu nidio pombal.*

El libro bailaba en sus manos. Miró al muchacho, que no le quitaba ojo. Esperaba alguna sabia observación.

Éste estuvo por aquí hace un tiempo, dijo el jefe. Vino con un grupo de teatro. La Barraca. Sí, señor, por aquí mismo anduvo. Creo que hizo muchos amigos. El libro es bien fresco. No tiene ni un año.

Pero eso fue en otra época, camarada Samos, sentenció el mozo.

Un año. La expresión del Paralelepípedo era la de quien mide una distancia sideral. Era la mirada de la abolición del tiempo. Tenía razón. Él sí que sabía medir lo que pasaba. Hoy se cumplía un mes del inicio de la guerra. El primer mes del Año I.

La guerra sí que había cambiado totalmente la noción del tiempo. La guerra había cambiado muchas cosas, sobre todo las medidas de duración. La Editorial Nós. Podría darle una conferencia, pero ya no existía. Ya no tenía futuro, y tampoco tendría pasado. Ahí anidaban los republicanos galleguistas, esos que andaban con el cuento de la España federal. El editor de Nós era Ánxel Casal. Alcalde de Santiago de Compostela. Mejor dicho, ex alcalde. Ahora estaba en un calabozo. Como el alcalde de Coruña, Alfredo Suárez Ferrín. Sintió algo parecido al vértigo al pensar que esas dos personalidades de la República, alcaldes electos por el pueblo, estaban ahora presos en calidad de enemigos de la nación. Pero era un vértigo excitante, embriagador. Finalmente había conseguido salir de la inacción, de un cristianismo blandengue. Podía gritar como en las cruzadas: «¡Dios lo quiere!». Y, de hecho, así había acabado, con un llamamiento bélico, una intervención en el local de la Falange, decorada ya con el mural de una gran calavera. Sí, sentía la fuerza telepática de Carl Schmitt, su nuevo y venerado maestro. Era ingenuo pensar en una telepatía de las palabras pero no de las ideas. En la tesis que estaba preparando sobre Donoso Cortés, acerca de la dictadura, se le había ocurrido una idea que después encontraría en un texto de Schmitt: el estado de excepción era al Derecho lo que un milagro a la Teología. Desde que la maquinaria de la conspiración se había puesto en marcha, y sobre todo desde que notó en su mente el hormigueo que transmitía la mano herrada con un arma, aquella tarde en que Dez lo invitó al entrenamiento militar en la playa, desde entonces lo acompañaba a diario la imagen de Heidegger, el rector nazi de Friburgo, dando la orden de bajar a la cueva de Platón para hacerse cargo a la fuerza del proyector de ideas. Sí, los conocía. A Casal también lo conocía. El alcalde compostelano había nacido en A Coruña y aquí había fundado la editorial. Su mujer era una conocida modista, María Miramontes. Incluso su madre, Pilar, había encargado allí aquel vestido tan celebrado, el de *chiffon* negro con racimos de uvas de terciopelo también negro. El último

y definitivo atrevimiento de su madre. Miramontes y Casal eran amigos, claro, de Luis Huici, el sastre artista, el inventor de los chalecos de color cruzados de forma inverosímil y de las chaquetas de hombros anchos que tan de moda habían estado entre la bohemia coruñesa. Chalecos, ideas. Tenía hechizada a la juventud con sus prédicas en Germinal. Por lo que él sabía, a estas horas Huici estaría probando el ricino en el cuartel de Falange.

Le devolvió el libro al Paralelepípedo: Puedes tirarlo. Podría pensar que por qué no lo tiraba él, aunque ése sería, dadas las circunstancias, un pensamiento extraño. Así que ejecutó, sin más, la orden. Si alguien, algún día, escribía esa historia de la quema de libros en Coruña, podría añadir una anotación no gratuita. Ánxel Casal y Federico García Lorca fueron asesinados aquella misma madrugada. El editor gallego en una cuneta, a la salida de Santiago, en Cacheiras, y el poeta andaluz en el barranco de Víznar, en Granada. A la misma hora y a mil kilómetros de distancia.

El libro cayó sobre unos volúmenes de *El hombre y la tierra*, la geografía de Elisée Reclus. Seguía allí, a la vista, a salvo por ahora, sobre aquella especie de peñascos que componían un atlas montañoso hacia el que trepaba el fuego. Samos volvió a mirarlo. A veces, era supersticioso. Se fiaba mucho de su instinto. En este caso estaba pensando que quizá ese pequeño libro podría ser una rareza en el futuro. Tal vez la obra impresa en lengua gallega se convertiría en una reliquia. La primera edición de los *Seis poemas* alcanzaría el valor de un pergamino medieval.

¿Qué? ¿Le da lástima?, le dijo el Paralelepípedo.

Bocazas, pensó Samos. Pero en esta ocasión no le venía mal que fuese tan entrometido.

No, no es eso, dijo. ¡Esas iniciales! Acabo de acordarme de algo por lo que podría serme de utilidad. A ver si lo puedes traer.

Aquí está, jefe. ¡Por los pelos!

In extremis, dijo Samos satisfecho.

In extremis, murmuró Paralelepípedo. Estaba aprendiendo mucho, pensó, mientras ardían los libros. Sí, señor, in extremis.

Manuel Rivas

nació en A Coruña. Desde muy joven escribió en periódicos y parte de sus artículos están recogidos en *El periodismo es un cuento* (1997) y *Mujer en el baño* (2003). Una muestra de su poesía se encuentra en la antología *El pueblo de la noche* (1997). Como narrador, entre otras obras, ha publicado *Un millón de vacas* (1990), Premio de la Crítica española, y *Los comedores de patatas* (1992) —ambas reunidas en el volumen *El secreto de la tierra* (1999)—, *En salvaje compañía* (1994), Premio de la Crítica gallega, *¿Qué me quieres, amor?* (1996), Premio Torrente Ballester y Premio Nacional de Narrativa —que incluye el relato «La lengua de las mariposas», en el que se basó la película del mismo título—, y *El lápiz del carpintero* (1998), Premio de la Crítica española y Premio de la sección belga de Amnistía Internacional. Además, ha publicado los libros de relatos *Ella, maldita alma* (1999), *La mano del emigrante* (2001) y *Las llamadas perdidas* (2002), y la obra dramática *El héroe* (2006).

A la venta el 25 de octubre

© 2006, Manuel Rivas

© De la traducción: Dolores Vilavedra

© De esta edición: Santillana Ediciones Generales, S. L., 2006

© Cubierta: Paso de Zebra

© Fotografía del autor: Xosé Abad

Printed in Spain - Impreso en España

Dep. Legal: M.40.036-2006

Impreso en Talleres Gráficos Palgraphic, S.A., Humanes,
Madrid (España), en el mes de octubre de 2006.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).